

# TERRA Y LIBERTAD



Barcelona, 18 de Julio de 1931

SEMANARIO ANARQUISTA

Año II - Núm. 22 - 15 CENTIMOS

## HACIA LA REVOLUCION LIBERTADORA

# Las ideas anarquistas en el momento social

Meditando el papel importantísimo que las ideas justas juegan en el curso de los históricos episodios de la contienda social a través de los tiempos, vengo en deducir que las gestas de justicia emancipadora operadas por las masas oprimidas y explotadas, arrancan siempre de una sugestión fervorosa, idealista, de más o menos trascendencia revolucionaria, civilizadora, según sea la convergencia moral que sea norte y guía de las masas en rebelión.

El proletariado es vivero de fe fecundante y posibilitadora de justas aspiraciones distributivas de la riqueza social, pues el móvil que impele a las masas desheredadas es un deseo pasional de justicia distributiva y equidad en el esfuerzo laborante. Esta aspiración igualitaria, justiciera, la determina el repudio que forzosamente ha de operarse en las multitudes a todo lo que es un insulto a sus privaciones y, por ende, una irritante exhibición de derroche, lujo y suntuosidad en sus explotadores.

Por el hecho de que los míseros, los desposeídos no han gozado ni abusado aún de la vida, es que todavía alientan sus pechos fervores generosos y esperanzas en la bondad de la especie, si se la sitúa en un medio social donde pueda satisfacer el hambre de pan y de cultura.

La ruina moral de las asociaciones de proletariado es cosa segura cuando a éstas no concurren fuerzas animadoras de elevados principios niveladoras y de liberación de todos los yugos, principios de justicia y de libertad que, poniendo a raya todo exclusivismo y morbosidad autoritaria, facilitan la confianza plena en sus adherentes y permiten el crecimiento de sanas pasiones que posibilitan fraternas solidaridades entre los hombres todos, una vez rotas las barreras de frialdad e indiferentismo que los separa en corporativismos contradictorios y repelentes.

Reflexionando en la influencia moral de las ideas, en los acontecimientos del mundo del trabajo, extraigo la consecuencia razonable y probada de que los factores ideológicos tienen, aún más que los económicos, preeminente papel en la conducta histórica del Hombre.

El marxismo, contrariamente a lo ya expuesto más arriba, niega toda influencia a la fuerza moral en la determinación de los hechos históricos, de los acontecimientos humanos; pero una atenta observación de las gestas históricas prueba que los hombres de fe dinámica han iniciado siempre los primeros albores de toda progresiva contienda y efectivo avance. Las ideas, los sentimientos, no tienen importancia ni efectividad en los cambios de la historia, para los estóicos e incautamente teorizantes marxistas, que unilateralmente lo reducen todo a engranajes, tesis y sistemas.

Según el fatalismo del materialismo histórico, son los ideales únicamente las apariencias ilusorias de un rígido determinismo material sobre el cual éstos no ejercen efectiva influencia y acción. Para los que elevan al cubo el rol del materialismo histórico, el interés, el exclusivo interés económico, es la fuerza determinante que gobierna al mundo.

Frente a esa negación de la virtualidad de las ideas para ser factor de historia y eje motor de las revoluciones más eficientes del género humano, nosotros afirmamos, tras la recopilación de prácticas vividas en los episodios de lucha del proletariado revolucionario de España y otros países, que es en la cabeza de los hombres donde hay que buscar el origen de los fastos de la historia.

Todo racional observador puede ver en todos los dominios de la vida, como se manifiesta las ideas independientemente de las condiciones económicas en las mejores mentalidades forjadoras de humanas rutas liberadoras.

El culto a las ideas universales y la aptitud para un racional idealismo científicamente valorado es lo que humanizándonos, dignificándonos de vez en más, nos distancia de día en día con más profundo abismo, a nosotros los anarquistas, de los afanosos de ejercer mando, mucho mando, sobre los rebaños humanos, cual propenden a hacer los marxistas y demás partidos exaltadores del poder absoluto del Estado.

La voluntad, el ideal, las ideas-fuerzas tienen, según nuestra comprobación experimental sacada de los movimientos sociales en que hemos participado, una influencia capitalísima. Esta influencia procede de la misma energía espiritual que anima la inteligencia humana y la energética determinante de las cosas. Todo ser animado es un foco de dinamismo generador de energía, un centro de actividad y de irradiación. El Ideal es la expresión psíquica de esta potencia de expansión; pero para que la idea sea realmente una idea fuerza y, por ende, determinante de trascendentales cambios, precisa que sea una idea exponente y saturada de alta justicia. El ideal para ser fecundo, como la voluntad para obrar eficazmente, precisa que opere bajo el impulso de la razón. No olvidemos que precisamente la causa eficiente de toda servidumbre social está en el pensamiento que la justifica. Al quitarle a la servidumbre voluntaria el punto de apoyo de su falsa necesidad, queda inobjectiva y sin valor.

El hombre es el módulo comparativo de todas las cosas y no las entelequias metafísicas que nos quieren pasar como al sumum de la verdad histórica los doctores en economía política.

A causa de las predicciones interesadas que en los medios obreros han hecho desde la Primera Internacional acá los fatalistas acólitos de Marx, asistimos en la hora actual al funesto comprobamiento de que en varios países existe una funesta captación del movimiento sindical por parte de los respectivos Estados constituidos, captación conducente a hacer del sindicalismo un instrumento que se acomode con las directivas y armazón del respectivo Estado nacional. Esta monstruosa degeneración del sindicalismo arranca del influjo marxista operado en la trayectoria al dar prevalencia totalitaria en esos medios sindicales al imperativo económico.

En oposición a esa degeneración del movimiento sindical del proletariado internacionalista, opinamos los anarquistas hábe de defender en el movimiento obrero el contenido dignificador y humanista de nuestra magna idea.

La propaganda del ideal acrítico en las filas del proletariado producirá un revaloramiento de sus luchas y al asimilárselo las masas explotadas se creerán en ímpetus vindictivos de verdad, y no como sucede ahora con harta frecuencia, que se derrochan cuantiosas energías en movimientos poco consistentes e inobjektivos.

Es sabido que el anarquismo es profundamente humanista, pero no olvidemos que por contingencias históricas son las clases proletarias las que mayor peso soportan de la iniquidad social y, por tanto, es justísimo el anhelo proletario de libertarse cuanto antes mejor del yugo que lo aplasta.

A nuestro entender si el anarquismo no saliese de la pura esfera de la especulación filosófica para imprimir su influencia en la vida cotidiana del mundo productor, no cabe duda que su perenne hecho teórico sería estéril en frutos substanciosos y reparadores para las hambres que sufren las multitudes sojuzgadas y explotadas por el capitalismo opresor.

Las teorías todas hanse de cristalizar en la masa social que lucha y trabaja, pues ella es el nervio de la vida de los pueblos; encarnar las ideas en los hechos y en el derecho consuetudinario como cosa viva y fecunda, es el medio más práctico para realizar nuestras sublimes ideaciones.

Para que el anarquismo plasme en la entraña de la sociedad laboriosa requiere el previo trabajo, por nuestra parte, de enraizarlo en los hechos económicos que realiza el proletariado como clase oprimida que pugna por emanciparse. En la mentalidad de los trabajadores y en el ségo de sus luchas, es donde se justificará en realidad el ideal libertario que sustentamos. El anarquismo laborando su base económica en la social contienda que gesta el proletariado revolucionario, es como pasará de la teoría al hecho vivo, en esta base económica y moral al mismo tiempo, es en la que podrá asentarse firmemente su transformadora acción conducente a la edificación de la libre e igualitaria sociedad anárquica.

Teniendo en cuenta lo que antecede, es de simple buen sentido nuestra preocupación en cuál ha de ser la tarea de los anarquistas en el seno de las actividades del movimiento obrero, estas son: sembrar ideas de liberación integral entre los explotados; pero señalando a los trabajadores que su emancipación no será verdadera, mientras quede en pie la estructura jerárquica e industrialista que en la economía ha hecho el capitalismo. Si desapareciesen los capitalistas, pero quedase en vigor su sistema productivo, las sujeciones y miserias de la vida humana no tendrían apenas dismorción apreciable. Es, pues, aguzando la capacidad constructiva de un mundo nuevo, con una economía humanizada, donde se sitúa el hombre como centro de referencia de la producción y donde sea ésta para aquél, y no viceversa, que es lo que hoy sucede, será como realmente el sistema capitalista desaparecerá. Esto es en síntesis lo que hemos de fincar hondamente en los cerebros proletarios.

Propaguemos, asimismo, que la sociedad futura ni en estética ni en organización ha de ser un caso del industrialismo deshumanizante del régimen burgués que hoy padecemos. La nueva economía del mundo de iguales y libres: que aspiramos ha de descongestionar las monstruosas aglomeraciones urbanas, que para mayor enervamiento, derroche y proporción ha creado el poderío capitalista. Propiciemos ya en el mundo obrero la vuelta al punto perdido: la economía libre, y desde esa base natural y nada artificial, sino verdadero cimiento de la biología social, hagamos por estructurar la nueva vida a base de un reparto proporcional de las fuerzas motrices y los instrumentos mecánicos realmente útiles; pasando a enlazar el desenvolvimiento agrícola de las comunas con sus derivados industriales precisos a sus necesidades locales, es decir, industrializar en lo estrictamente preciso los productos que requiere una vida simplificada, en la cual las necesidades del espíritu tengan más espacio y tiempo para su cultivo.

Encaricamos a los trabajadores con nuestras ideaciones, ya que así daremos alientos al proletariado para derrojar realmente las causas fundamentales de su esclavitud moral y económica.

El sindicalismo en sus orígenes y en su desarrollo, no es otra cosa que un medio de lucha surgido ante la necesidad de defensa de la masa explotada frente a la burguesía. Los anarquistas dirónle objetivos finalistas encauzados a poner las posibilidades materiales de un comunismo anárquico. Siguiendo esa ruta, valiéndonos del sindicalismo como palanca y de la fuerza moral de la anarquía como punto de apoyo, es como, cual modernos Arquímides, moveremos al mundo social hacia adelante.

No cabe duda que el anarquismo ha logrado insular en el movimiento emancipador del proletariado esa su humanísima finalidad liberadora de toda la especie por la estrecha cooperación o trabazón establecida desde sus comienzos: con el sindicalismo revolucionario. Cuanto más animados estén los trabajadores por las ansias de superaciones e insurgentes anhelos de una alta concepción de la vida, esa sociedad de iguales y libres a que aspiramos los anarquistas más positivas probabilidades de realización tendrá.

A fin de impedir que la degeneración del sindicalismo acaezca en tantos países contagi a nuestro movimiento obrero de la C. N. T., interesémonos con la más alta constancia y alteza de miras en imprimirle el espíritu de rebeldía que se desprende de nuestra interpretación anárquica de las actividades productivas del mundo del trabajo.

Asimismo, esforcémonos por inyectarle la savia nutricia que fluye de nuestro sano ideal al pueblo productor que se agrupa en las filas de la A. I. T., para que siga una trayectoria concordante con aquella fuerza moral de que antes hemos hecho mención. Fuerza moral que únicamente puede fluir de un impulso vitalizador que se inspire en humanos y acríticos ideales.

José ALBEROLA

## Impulsos del pueblo

Con el desbarajuste actual la opinión se mueve desorientada y absorbe ante las atrabilarias apreciaciones de un aluvión de revolucionarios que lanzan sin descanso sus recetas infalibles para la curación de las enfermedades endémicas que el país va soportando con mal talante.

El señuelo de los cargos que se avorazan en lontananza les prestan ánimos y energías bastantes para su incesante movillada.

La desesperanza cunde entre los ingenuos creyentes de unos horas y sus miradas tornan a dirigirse hacia los hombres del anarquismo que han mantenido en horas tranquilas y en días trágicos sus postulados de liberación indestructibles e inconfundibles.

Las alegres sonatas de la comedia revolucionaria van apagando sus sonidos bajo el estruendo poderoso de las realidades que se imponen con su fuerza arrolladora. Los festuales se cubren de luto, de miseria y de sangre. La comedia, por fueros imposibles de la existencia, se troca en drama. Hilitos fecundos de rebeldía arrojan la vida social accidentada que presenta al desnudo sus profundas y repugnantes llagas y en torno al insoluble problema se debaten nerviosos cuantos elementos pretenden seguir irrallando su poder sobre el cansino y desartillado Juan Pueblo.

Cada sector, cada color, emplea sus espectaculars y propios procedimientos con el afán de mantener o de conquistar la supremacía, pero todos enfocan el punto de vista final de sus soluciones al aflanzamiento y sostén del Estado que ha de concederles la fuerza y el poder sobre los esclavos vltictos.

Los republicanos y socialistas han tenido que respresenderse del antifaz que cubria sus rostros con la rapidez que los acontecimientos han exigido y estamos contemplando el desarrollo de la acción que ayudaron a imprimir a los hechos de protesta general contra las tiranías que impedian la menor libertad de movimiento.

Jugaron con fuego ilusionados y seguros de que el país se daría por satisfecho con un cambio de decoraciones que entreteñiera y alimentara sus angustias.

Pero, no ha sido así, como era naturalísimo esperar, y al tender los pasos hacia adelante en pos de la satisfacción pretendida ofrecida y anunciada de sus necesidades más apremiantes tuvo que alucen los reductos de defensa de sus opresores y explotadores, poniéndose en pugna abierta con las afectivas pretensiones de los nuevos mandarines revolucionarios de la República.

Viendo fracasado el engaño que con tantas precauciones hablan construido en la forja que los tiempos propicios les entregaron y ante el clamor rabioso y desesperado de los soberbios dueños de la riqueza que se hallaban expuestos a una merma de sus ingresos se lanzaron sin titubeos a ocupar el puesto que jamás debieron abandonar, oponiéndose a la justísima demanda estilizando los mismos armas que pretensivamente mandaron conservar y que intactas y fortalecidas después de la cesión monárquica, que no venimiento—las opusieron con más ímpetu que sus antecesores.

Las vendas que cubrían los ojos de los siempre inocentes cayeron rasgadas al fragor de las descargas de los institutos armados que atacaban a los productores sedientos de justicia y hartos de padecer.

Severamente se desarrolla el plan de

mantener la influencia de las grandes compañías, monopolios, fruto y privilegios, el servillismo ilimitado que nos presentaron los pasados dictadores se repite con más furor y descaro, el apoyo de cuantos del sudor y del trabajo del prójimo viven, es para ellos incondicional y abiertamente, han escogido un puesto al frente de esas fallanges que viven siempre al margen del trabajo y de los rendimientos de los productores.

El panorama general en el país va presentándose cada día, cada instante más difano y claro. Los aspectos llorosos de los primeros instantes contrastan con los actos descarnados de persecución francamente abusiva y dictatorial.

Intensamente las palpitaciones del pueblo se dejan sentir en cuantos momentos su intervención es precisa, sus objetivos van sufriendo un cambio radical ante la presencia de la continuación indefinida de sus miserias y padecimientos y los impulsos que guían los movimientos espontáneos de sus sentimientos se fijan y determinan en un sentido de protesta airada y violenta.

La solución no se presta a dudas, o sujetar con la mordaza al pueblo y contenerlo con el terror sembrando la muerte, si se presta cobardemente a soportarla, o ceder a sus justísimos anhelos de liberación económica y moral en la forma amplísima que las exigencias de la época demandan.

No desconocemos que el recurso de los gobernantes republicanos ha de ser, y bastantes pruebas tienen dadas, el aplicar el primer procedimiento señalado, ahora que las inquietudes y mordiscos que contemplamos en los variados puntos de España dan una penúltima muestra de las disposiciones de ánimo de los gobernados para propicios a seguir tolerando se les trate como a objetos vendibles y comerciables.

Las aspiraciones y los impulsos del pueblo tienen, por lo mismo, cambios bruscos en sus situaciones y actividades y no pierden nunca el objetivo invariable que guía hace centurias sus pasos, aunque se les interrumpa en algunos oraciones con el fin de hacer más lenta su marcha.

Se aproximan días de tragedia y de dolor, el choque inevitable ya entre el capitalismo decadente y los trabajadores, entre la reacción fanática e intransigente y los espíritus libres, entre el Estado y el pueblo, se precipita hacia su término como indican los disparos diarios anunciadores de la vanguardia social que principia el cambio.

No nos doblegaremos otra vez, estamos seguros que nadie está dispuesto a soportar imposiciones de unos cuantos comparsas poderosos y que cuando los fragores del incendio iluminen el vasto campo de la lucha social presentará a la luz del mundo un digno ejemplo de valor y entereza merecedora de imitación y de que se secunde.

Los impulsos irrefrenables de un pueblo que siente violentos deseos de justicia le han de entregar el triunfo, la victoria que premie sus esfuerzos llevará el sello de la revolución social. Hasta ella vamos a toda velocidad. Que nadie sienta cansancio.

La misión histórica encomendada a los tiempos que vivimos será cumplida. Que no lo dude nadie, ni amigos, ni enemigos. El que se oponga será aplastado.

Paso libre a la revolución salvadora.

